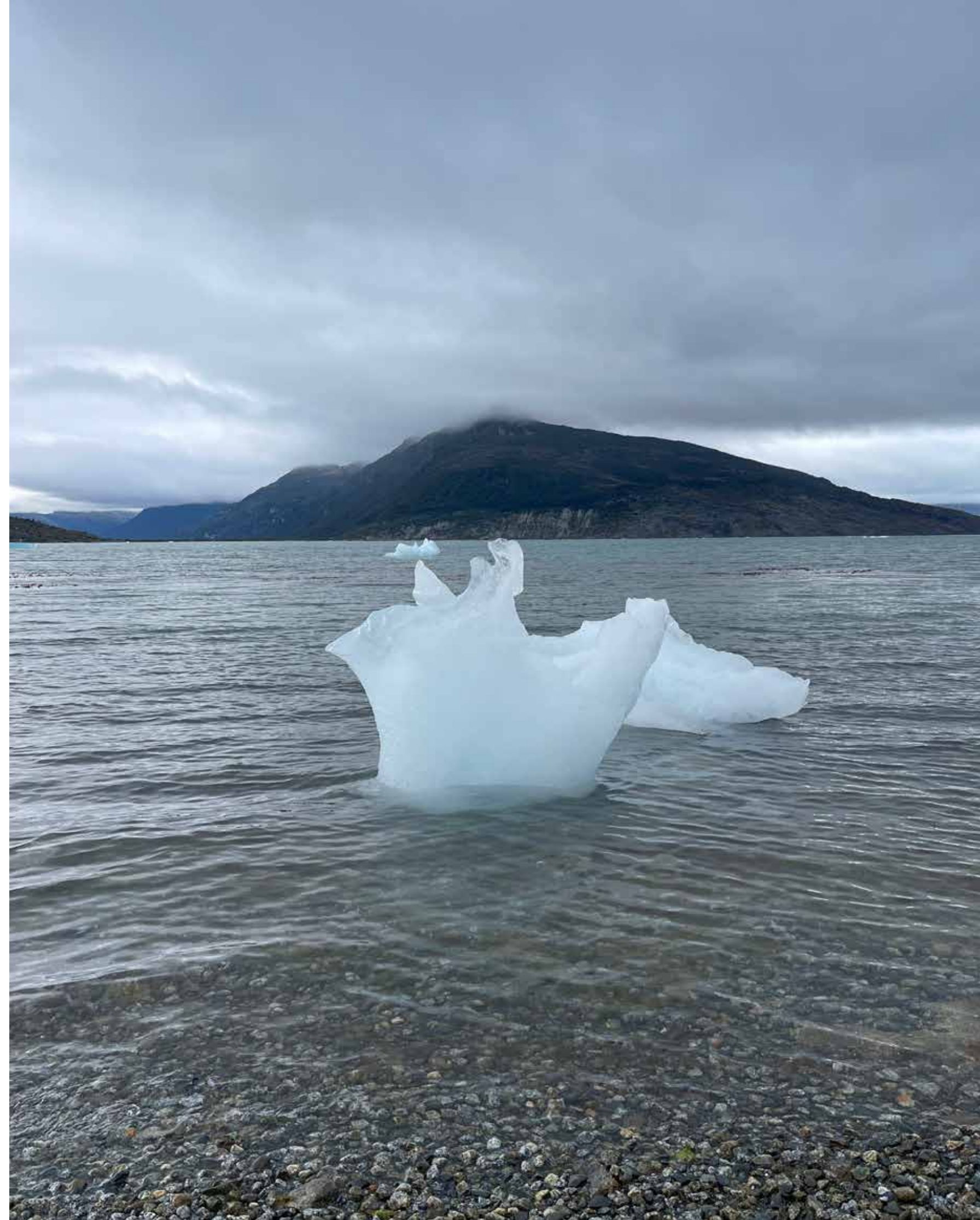




CHILE SIEMPRE SORPRENDENTE

Un viaje de cuatro días al fin del mundo es todo lo que se necesita para un reset mental. Sin conexión, atendidos como reyes en un barco de lujo, navegando por fiordos donde la naturaleza es la gran anfitriona... Si puede, embárguese en el Australis

POR MAGDALENA BOCK





C

hile, all ways surprising” fue el slogan que hace unos años usó nuestro país para posicionarse como marca en todos los eventos destinados a promover las inversiones, el turismo y las exportaciones. Una frase que, incluso para una chilena como yo, no puede ser más cierta: Chile siempre y en todo sentido sorprende. Basta alejarse un poco de la ciudad para empezar a apreciar con claridad esa geografía tan única que, mientras más extrema, más sobrecogedora. Lo mismo con la gente: el chileno de tomo y lomo cumple con todas esas características cliché que uno creció oyendo... es amable, acogedor y sencillo. A ese Chile profundo nos llevó Crucero Australis. Embarcamos en el Stella Australis en Punta Arenas un lunes a las 6 de la tarde y zarpamos dos horas después rumbo a Tierra del Fuego. Sería el principio de una aventura de cuatro días que nos llevaría por fiordos, estrechos y mar abierto, desafiando las condiciones climáticas hasta llegar al Cabo de Hornos, uno de los lugares más australes del mundo.

Primeras excursiones

Navegando desde 1990 por estas aguas, Australis es el único que hace este recorrido por los fiordos del Estrecho de Magallanes. Decorado por Enrique Concha, cuenta con cien habitaciones, todas con vista al exterior, y tres espacios comunes tipo lounge, ideales para leer, conversar o tomarse algo en el bar, que al igual que todas las comidas, es todo incluido. La primera parada fue Bahía Ainsworth, donde hicimos una excursión tranquila por el bosque de coigües que nos permitió familiarizarnos con la flora del lugar. Fue bien impresionante ver el impacto del castor canadiense, especie introducida hace 80 años en la zona; con sus dientes ha ido destruyendo la vegetación a un paso acelerado, que a este punto es casi imposible de contrarrestar. En la tarde fuimos a los islotes Tuckers a avistar desde un zodiac pingüinos de Magallanes y cormoranes. La suerte estuvo de nuestro lado porque en el trayecto nos acompañó de cerca un grupo de toninas. ¡Casi las podíamos tocar! Esa noche el barco avanzó hacia el próximo destino -el glaciar Pía- lo que exigía salir de la protección de los fiordos y navegar de lleno por el Océano Pacífico, donde el viento no perdona. Desde la seguridad de un barco moderno y cómodo, tanto el mar como los guías de expedición nos recuerdan las hazañas de tantos navegantes y exploradores de antaño, que vivieron una suerte tan diferente a la

que se vive en esas mismas aguas, a bordo de un crucero premium. **Navegar en medio de glaciares** El segundo día fue el de los glaciares. Navegamos por el brazo noroeste del Canal Beagle hasta llegar al glaciar Pía, que se extiende desde la montaña hacia el mar. Al bajar del barco optamos por una excursión más exigente y que nos permitió una vista panorámica del lugar. Precioso. Me gustó mucho eso de que en cada parada hubiera excursiones de distintos niveles entre las cuales elegir. También que son de una hora a dos, con lo que uno se alcanza a reponer. En la tarde el barco avanzó por la Avenida de los Glaciares: la majestuosidad de lo que uno va viendo en este recorrido deja con la boca abierta.

Haciendo patria

Ya estábamos próximos a llegar al Cabo de Hornos, donde se juntan los océanos Pacífico y Atlántico y donde la soberanía la ejerce una familia chilena. La Armada los destina por un año a este lugar que ofrece una paz y soledad maravillosa. Nos habían advertido que no siempre es posible desembarcar; eso se decide a las 6:30 de la mañana, según las condiciones del viento. Por suerte logramos hacerlo... desafiados por el viento y el frío, subimos por unas escaleras interminables hasta el monumento que rinde homenaje a todos los que naufragaron frente a la isla. Es impresionante encontrarse en ese lugar y pensar que más allá está solo la Antártica... Visitamos la casa de la única familia que vive en este lugar. Se trata de un marino, destinado por la Armada para que junto a su familia se ocupe durante un año de mantener el faro en condiciones y prestar ayuda a los navegantes. Impensable la experiencia de vivir todo ese tiempo aislados... a ellos les gustó tanto que pidieron quedarse un año más. En la tarde hicimos nuestra última excursión en Bahía Wulaia, donde estuvo uno de los asentamientos más grandes de los yámanas y fue lugar de desembarco para el mismísimo Charles Darwin. Ahí hay también una antigua estación de radio construida por la Armada en 1931 que hoy hace de museo. El lugar ofrece un trekking intenso a través de un bosque de coigües, lengas, canelos y helechos, y un terreno empinado y pedregoso. Desde ahí navegamos a Ushuaia, destino final de nuestro viaje (aunque Australis tiene recorridos de ocho días también). No alcancé a recorrerlo... quedará para otra oportunidad, porque esta zona es de esas que no basta visitarlas una sola vez. **LIVING**